

Memorias para la conservación

Voces e historias del Sindicato de Pescadores de Zapallar

Textos

Oswaldo Quezada.

Edición y coordinación editorial

Tomás Moggia.

Carola Benítez.

Diseño editorial

Daniela Calderón.

Fotografía de portada

Pablo Tomasello.

Fotografías

Sindicato de Pescadores de Zapallar.

Agradecimientos al Sindicato de Pescadores de Zapallar.

La publicación de este libro cuenta con el apoyo de BHP Foundation.

BHP | **Foundation**

Memorias para la conservación

Voces e historias del Sindicato de Pescadores de Zapallar



Mirada autoral

Por
Osvaldo Quezada



Reconocer el pasado y comprender cómo este va construyendo nuestro futuro constituye la base central de la conservación. Esto se debe a que la conservación no responde únicamente a una mirada medioambiental, sino que está profundamente vinculada a la historia que compartimos y a la forma en que, a lo largo del tiempo, nos hemos relacionado con las especies que nos rodean y que han sido parte de nuestra vida cotidiana.

Para lograr aquello, es importante mirar y reconocer nuestras historias y la historia construida en comunidad, realizando una reconstrucción situacional que no se limite sólo a los hechos, sino que considere también las experiencias vividas, las emociones y la cotidianidad, vivida de manera conjunta y profundamente entrelazada. Es en este lugar donde se sitúa el presente proyecto. Este espacio, que muchas veces cae en el olvido, es aquel en el que encontramos las respuestas a muchas de las preguntas que nos planteamos.

Si bien el trabajo con Capital Azul en el proyecto del Refugio Marino ha ido trazando una historia en el Sindicato, el poder volver a mirar esa historia y retroceder aún más, desde las diferentes voces que siguen presentes en el sindicato y desde la identidad propia de este, permite afianzar

y dar continuidad a aquella búsqueda por la conservación marina.

Es así como para la construcción del presente libro, la fuente principal fueron las voces de los pescadores del Sindicato de Zapallar. Nos acercamos a sus espacios y, desde ahí, fuimos recopilando aquello que fluía y aparecía en la cotidianidad de su experiencia colectiva. Ellos fueron trayendo y contando sus historias, que no solo se vinculaban a la pesca: estas hablaban de familia, amistad y viajes.

De este modo, lentamente se fue dilucidando la trama que da forma a este libro. Junto a este retrato oral, también aparecieron, desde los anaqueles, fotografías tomadas por las familias o por los propios pescadores: retratos que no solo complementaban la narración oral, sino que constituían una importante memoria visual de los paisajes y los rostros que han ido formando la historia sindical. Fue ahí cuando apareció de forma explícita el deseo del Sindicato por mostrar y dar a conocer su historia.

A raíz de estas instancias reconocimos que la importancia de este escrito no solo radicaba en mirar al pasado para proyectar el futuro, sino

que también generaba un espacio donde el propio proceso de narrar la vida, las historias y las prácticas, se transformaba en un proceso de conservación, una forma de conservación humana. Así como el mar guarda en su profundidad una riqueza construida a lo largo de miles de años, de igual manera los pescadores llevan en su sangre una identidad que también debía ser resguardada. Del mismo modo que el Sindicato muestra y da a conocer cómo se ha reconstruido la historia del mar y la historia de las especies marinas, en este libro buscamos plasmar y dejar una huella viva de esas historias, para mostrar a quienes visitan cuál es la historia de Zapallar.

Este registro no está pensado únicamente para quienes transitan o visitan el Sindicato, sino también para los propios pescadores y el Sindicato de Pescadores en su conjunto, para que no olviden sus historias y su pasado, que muchas veces se diluye entre los quehaceres de la cotidianidad. Contar con estos registros no es solo una forma de recordar, sino también una herramienta que les permitirá construir, volver a conocer, reconocer.

La importancia de este escrito no solo radicaba en mirar al pasado para proyectar el futuro, sino que también generaba un espacio donde el propio proceso de narrar la vida, las historias y las prácticas, se transformaba en un proceso de conservación, una forma de conservación humana.

¿Cómo se llega a ser pescador?

Si alguien nos pregunta cómo se llega a ser pescador, capaz que la respuesta sea que uno no “llega”. Más bien, lo fuimos aprendiendo desde chicos, casi sin darnos cuenta, como si el mar ya viniera metido en la sangre. Nacimos al lado del mar, crecimos con él al frente, y desde el principio fue parte de nuestra vida, incluso antes de comenzar a trabajar en él.

Desde niños estuvimos en la orilla, acompañando a los más viejos, mirando cómo trabajaban, cómo esperaban, cómo volvían con lo que el mar quisiera entregar. Algunos crecimos siguiendo a nuestras madres y a nuestros padres, aprendiendo desde temprano a recoger jaibas y mariscos. Ellos y ellas eran orilleros, y nosotros aprendimos caminando a su lado, repitiendo lo que hacían, sin tantas explicaciones. Así empezamos, estando ahí con la mar, y viendo como nuestra gente se movía y vivía del océano.

El mar también era la respuesta a las necesidades que teníamos: para poder comer y para hacer algunas *lucas*. Crecimos así, entre la orilla y las rocas, el mar fue nuestra escuela. Aprovechando las mareas bajas, metiendo la mano en los recovecos, sacando jaibas y locos junto a otros *cabros*. Corríamos a buscar cuando la marea bajaba, y cuando subía igual entrábamos, con el agua a la cintura o al pecho, sintiendo el frío meterse lento en el cuerpo.

Cuando chicos también trabajábamos para los veraneantes cuando era necesario: acarreando leña, armando carpas, cuidando cosas, recibiendo en la playa. Todo servía y todo enseñaba. Cada cosa que hacíamos aportaba algo, no solo para la casa, sino también para aprender.

Antes de tener equipos modernos, nuestra primera herramienta fue el cuerpo. Desde chicos aprendimos a bucear a pulmón, entrando al agua sin mucha preparación, aprendiendo a nadar, a respirar y a movernos debajo del agua, muchas veces desde muy chicos. Aguantamos el frío, los mareos y la presión en el pecho, conociendo de a poco nuestros propios límites. El cuerpo fue aprendiendo junto con nosotros; el mar enseñaba, pero también exigía.

Con el tiempo, algunos aprendimos a usar equipos más técnicos, como el buceo con máquina, a medida que íbamos creciendo, gracias a familiares y cercanos que compartían lo que sabían o gente que necesitaba de ayuda. No fue una enseñanza formal: otra vez fue aprender haciendo, trabajando. Con los años, muchos logramos tener nuestro propio bote, lo que nos permitió empezar a trabajar solos, movernos con más libertad, conocer otros sectores y buscar nuevas oportunidades, además de dar trabajo a otras personas.

En nuestra historia, no siempre nos hemos quedado en el lugar donde nacimos. El mar también nos ha movido. No solo hemos recorrido la región de Valparaíso, sino que, a lo largo del tiem-

po, fuimos conociendo distintos maritorios y a quienes los trabajan, desplazándonos de un lugar a otro por las costas de Chile. No solo buscando nuevas oportunidades o aquello que el mar entregaba en cada lugar, sino que también construyendo amistades. Siguiendo la pesca, buscando mejores condiciones, pero también cuidando lo que se tenía, intentando sostener a la familia.

Algunos pasamos por distintos trabajos cuando fue necesario: en la construcción, en hoteles, cuidando terrenos y animales, haciendo lo que apareciera cuando el mar no daba. Pero quedarse significa echar raíces, formar familia, construir comunidad. No solo vinimos a vivir del mar: decidimos vivir con el mar, compartir la caleta, los tiempos de espera, las conversaciones largas y los silencios que también acompañan.

La pesca no es solo una forma de ganarnos la vida. Es la historia de nuestra vida, la que llevamos en el cuerpo. Es una práctica viva que viene de nuestras madres y padres, y que también sigue construyendo nuestras propias historias. Es una historia que no empezó con nosotros y que estamos trabajando para que no termine con nosotros.

La pesca no es solo una forma de ganarnos la vida. Es la historia de nuestra vida, la que llevamos en el cuerpo.



Comiendo pan amasado durante el descanso en una faena de pesca.



*Pescador Carlos Allendes
en el Sindicato de
Pescadores, junto a sus
amistades.*

Nuestra historia

La pesca existía mucho antes que Zapallar tuviera casas grandes, veraneantes o siquiera un Sindicato. Antes de todo eso, ya estábamos aquí. Se pescaba y se mariscaba como se podía, con lo que había, trabajando junto a quienes tuvieran bote y algún contacto para vender lo que se sacaba. No existía una organización formal ni reglas claras; solo estaba el conocimiento del mar y la necesidad de trabajar. Así llegaron las primeras personas que vieron en el loco una oportunidad, no como una explotación, sino como una forma digna de ganarse la vida.

En esos años, el trabajo era duro y muy distinto a lo que se ve hoy. Los locos no se transportaban en camiones ni en cajas bien armadas: se cargaban en burros, que subían y bajaban los cerros con el peso encima. Son los mismos burros que todavía se ven en Zapallar, aunque hoy cumplen otras funciones.

Antes que existiera el Sindicato, cada cual trabajaba como podía, muchas veces bajo acuerdos informales. La pesca y las salidas a mariscar se realizaban por encargo, dependiendo de quién comprara y cuánto pagara. Siempre hubo una relación cercana con los veraneantes y con la gente que llegaba por temporadas. Con el tiempo, y una vez construida la carretera, comenzaron a transitar más personas. Camioneros y veraneantes compraban locos, jaibas y lo que hubiera.

Fue tanto lo que se empezó a vender que, para protegernos del sol y para que nos vieran mejor desde el camino, levantamos unas casuchas blancas.

A medida que fueron llegando más pescadores, surgió la posibilidad de organizarnos. Muchos ya teníamos más experiencia, y ese fue un paso importante: por primera vez intentamos ordenarnos, trabajar juntos y tener una voz común. Sin embargo, ese primer Sindicato duró poco. Tras el Golpe Militar, sus dirigentes fueron perseguidos por razones políticas y la organización se desarmó. Fue un tiempo difícil, marcado por el miedo y el silencio, en el que cada uno tuvo que arreglárselas como pudo.

Años después, el 20 de octubre de 1983, volvimos a organizarnos y se creó el Sindicato que se mantiene hasta hoy. En ese tiempo también estaban con nosotros los pescadores de Cachagua, con quienes trabajamos durante años compartiendo faenas, espacios y aprendizajes, hasta que más adelante decidieron formar su propio Sindicato. En todo este proceso hubo familias que fueron fundamentales: familias que sostuvieron el trabajo, transmitieron conocimientos y empujaron la organización cuando todo era más precario. Entre ellas se recuerda especialmente a la familia Pasache, junto a otros socios fundadores y a quienes se fueron sumando con el tiempo. Así fuimos aprendiendo a trabajar de manera más colectiva, a organizarnos mejor y a sostener la actividad incluso cuando el mar empezó a dar menos.

Integrantes del Sindicato de Pescadores en el equipo de fútbol.





Sergio "Checho" Zamorano Gutiérrez, integrante del Sindicato de Pescadores de Zapallar, junto a Armando Flores Vargas, alcalde de Mar de Zapallar.



Celebración del Sindicato de Pescadores de Zapallar durante el 18 de septiembre.

Sabemos que los recursos no son los mismos y que los desafíos son grandes. Pero hay algo que no ha cambiado: la vida en comunidad.

Fruto de esa organización se construyeron espacios que hoy forman parte de nuestra identidad. El fogón del Sindicato, levantado gracias al trabajo de socios como Don Figueroa y Enrique Flores, fue posible por el esfuerzo conjunto para conseguir los materiales y con apoyo municipal. En esa misma época se construyó también la imagen de San Pedro que hoy se encuentra en la sede.

Actualmente, el Sindicato está compuesto por alrededor de 25 socios. La mayoría ha trabajado toda su vida en el mar, aunque también se están incorporando nuevas generaciones. El trabajo ya no se realiza solo entre socios: dependemos de buzos, ayudantes y otras personas que apoyan las faenas de extracción. Las tareas se distribuyen según la experiencia, los equipos disponibles y las posibilidades materiales de cada uno. Algunos conservan sus embarcaciones y motores; otros han tenido que cambiar de labor dentro del Sindicato, y hay botes que ya no se usan. Aun así, la organización se mantiene.

Algo muy propio nuestro y de quienes trabajan en el mar, es que si alguien pregunta por nuestros nombres, muchas veces nadie responde. Aquí cada uno fue rebautizado, como si el mar nos hubiera dado una nueva identidad.

Sabemos que los recursos ya no son los mismos y que los desafíos son grandes. Pero hay algo que no ha cambiado: la vida en comunidad. Seguimos compartiendo, apoyándonos y estando aquí, trabajando juntos en las costas de Zapallar.

Nuestros acompañantes

La caleta no es solo un lugar de trabajo. Es un espacio vivido, acompañado y compartido todos los días. Aquí no estamos solos: convivimos con perros, gatos y pajaritos que andan entre los botes, se echan al sol o nos siguen mientras trabajamos. Son parte de la rutina, de la espera y del regreso. Para nosotros no son solo mascotas del sector; son compañeros constantes, parte de la vida cotidiana del Sindicato y de la caleta.



Perrita del Sindicato junto a sus cachorros recién nacidos.



Gato que suele acompañar el día a día en el Sindicato.

Navegación en bote durante la fiesta de San Pedro, donde un perro del Sindicato también cobra protagonismo.



Visitas, memorias y reconocimiento

Con el paso del tiempo, la caleta también se fue llenando de historias y visitas. Por aquí han pasado personas de todas partes. Algunas llegaron por curiosidad, otras por trabajo y otras simplemente porque el lugar las llamó. Tenemos un libro de firmas donde quedaron registradas visitas significativas, como las de Leonardo Farkas, Manuel Pellegrini, “Coco” Legrand y Sebastián Piñera, entre otros.



Visita del entrenador de fútbol Manuel Pellegrini.



Pescador “Checho” en expedición de búsqueda de restos junto a explorador Henri García.

También recibimos personas extranjeras interesadas en el mar y en su historia. Recordamos especialmente la visita de Henri García, buzo francés que trabajó junto al explorador Jacques Cousteau. Él llegó a las costas de Zapallar con el interés de explorar y buscar restos sumergidos. En esa experiencia participó gente del Sindicato, como Checho, bajando a las profundidades para revisar lugares donde se decía que había restos de embarcaciones antiguas.

Fue un momento importante para nosotros, que incluso quedó registrado porque nos permitió encontrar vestigios de una embarcación. Aunque no pudimos conservar esos restos, la experiencia nos mostró que el mar guarda historias que van más allá de la pesca y que nuestro conocimiento del territorio también sirve para otros fines.

Una teleserie icónica

Hubo momentos en que la caleta apareció incluso en la televisión. Fuimos parte de la grabación de la teleserie Sucupira. Nos avisaron con anticipación, nos prepararon un poco, participamos en algunas escenas y prestamos nuestros botes y nuestros espacios. Justo en esa época habíamos recibido botes nuevos, que se prepararon especialmente y fueron usados por primera vez en la teleserie. Para nosotros fue una experiencia distinta, que dio visibilidad a la caleta y a nuestro trabajo.



Registro de la teleserie Sucupira.

Espacios de recreación y convivencia



Asado de celebración post partido.

El Sindicato no solo se organizó para trabajar. También han habido espacios de recreación y encuentro. Tuvimos nuestro propio equipo de fútbol. Para armar el equipo trajimos personas de distintos lugares, y con el tiempo llegamos a ser un equipo reconocido y respetado en la zona. Ganábamos mucho de lo que jugábamos porque sentíamos que teníamos lo mejor de la región.

Pero no solo importaba ganar: participaba cualquiera que quisiera, incluso quienes no jugaban tan bien, porque el fútbol siempre fue parte de nuestra vida y de nuestra identidad. Más allá de los partidos, lo que más recordamos son los terceros tiempos, esos momentos de conversación y convivencia que reforzaban los lazos entre nosotros como colectivo.

La fiesta de San Pedro y la vida comunitaria

La fiesta de San Pedro es uno de los momentos más importantes del año para nosotros. Ese día la caleta cambia. Una vez al año nos organizamos entre todos, nos vestimos de colores, preparamos la comida y abrimos el espacio a la comunidad. No es algo improvisado: cada uno sabe lo que le toca hacer, quién cocina, quién ordena y quién prepara los botes. Desde temprano empieza el movimiento y la caleta se va llenando de gente.

Durante la fiesta cocinamos y compartimos. Llegan vecinos, familias, personas que vienen de otros lados y también quienes vuelven después de un tiempo. La música y los bailes chinos acompañan el recorrido que parte desde la parroquia de Zapallar y anuncian la llegada a la caleta. Ese momento marca el inicio de la celebración y convoca a todos. Ahí comienzan los paseos en bote, muchos de ellos en embarcaciones antiguas, donde no solo podemos contar nuestra historia y agradecer este oficio, sino también invitar a las personas a conocer nuestro Refugio Marino y la forma en que hemos aprendido a cuidarlo. No es solo una actividad para mostrar lo que hacemos, sino un momento para estar juntos, conversar y compartir el trabajo que sostiene nuestra vida diaria.

San Pedro ocupa un lugar central. Para nosotros representa la pesca artesanal y la historia del Sindicato. Lo sacamos, lo cuidamos y lo acompañamos como parte de la celebración. En ese momento aprovechamos de

pedirle que nos acompañe en el trabajo, que nos cuide en el mar y que este oficio pueda continuar. También es un espacio para recordar a quienes ya no están y que fueron parte de esta caleta.

La fiesta la organizamos entre nosotros, pero también con apoyos muy importantes, como el que nos entrega la municipalidad ya desde hace varios años. No se trata solo de una celebración, sino de mantener una práctica que se repite cada año y que refuerza la vida en comunidad. La fiesta de San Pedro es una forma de abrir la caleta, de compartir con otros y de seguir sosteniendo este espacio y este trabajo en el tiempo.



Mural de San Pedro en el Sindicato.

Embarcación adornada para la celebración de San Pedro, siendo bendecida.



Mucho más que trabajar el mar

Salir a pescar no es solo el sacrificio de madrugar; es una conversación con el mar. Cada día le hablamos con la mirada, tratando de entender cómo se mueve, cómo respira, cómo rompen sus olas en la orilla y qué nos anuncian sus vientos. Hoy también contamos con tecnologías que nos ayudan a interpretar sus señales, a verlo mejor y a aprender más de él. Aun así, cuando el mar abre o cierra sus puertas, es él quien manda. Nosotros solo seguimos su voluntad.

El día parte temprano, muchas veces antes de las cinco de la mañana, con el frío todavía metido en los huesos o, en otras épocas, con el sol pegando fuerte desde temprano. Cerca de las nueve, después de la primera faena, recién viene el café y el pan. El cuerpo se acostumbra, pero nunca deja de sentir el cansancio. Y en todo este recorrido nunca hemos estado solos. La pesca nunca ha sido un trabajo solitario. Muchos trabajamos con nuestros hermanos, con familiares o con personas que conocemos desde niños; nos conocemos bien y hemos aprendido juntos, en el mar y fuera de él. Es bonito poder seguir trabajando con personas cercanas, en un oficio donde muchas veces las familias no continúan. Quizás algunos de nuestros hijos o hijas sigan, otros no. Pero entre nosotros nos sostenemos.

Después de esa primera pesca, lo que hacemos es vender lo que logramos sacar. Muchas veces ya tenemos

acuerdos con compradores, pero también esperamos en la caleta a quienes vienen directamente a comprarnos. Además, entregamos productos a restaurantes de aquí mismo. Todo depende del día, de lo que salió y de cómo esté el movimiento. Una vez hecha la venta, comienza la segunda parte del trabajo: preparar lo que viene para el día siguiente.

Nuestra forma de pescar no es una sola. Depende del lugar, del tiempo, de lo que se pueda pescar y de lo que el mar permita en cada momento. Cada técnica tiene su ritmo y su manera, y muchas veces incluso nosotros mismos nos sorprendemos de todo lo que hemos aprendido con los años.

Una de las formas más usadas hoy es el pinel o espinel. Es una pesca que comienza en tierra. Antes de salir, pasamos horas preparando los anzuelos, encarnando uno por uno. Cada gancho tiene que quedar bien armado, porque si la carnada se suelta, no hay pesca. Luego se tira el pinel al mar y se deja calado. Al día siguiente volvemos a buscarlo. A veces viene cargado, otras casi vacío. Cuando aún hay peces vivos, los rematamos con el martillo, los sacamos y los llevamos a la caleta.

También usamos redes. La red se tira y se deja instalada; no es un trabajo inmediato. Hay que volver al otro día a recogerla y ver qué quedó atrapado. Es una pesca que depende mucho de cómo se movió el mar durante la noche. Para las jaibas usamos jaulas. Estas se preparan con carnada, que se va depositando una por una en su interior. Luego las bajamos al mar y las dejamos caladas, esperando que las jaibas entren.



Pescando con jaulas para jaibas.

“Checho” recibiendo una nueva embarcación.



En algunos casos todavía se pesca al pulso, tirando la línea directamente al fondo. Es una técnica más simple en apariencia, pero exige conocer bien el lugar. No funciona en cualquier parte. Hay que saber dónde parar el bote, cuánto dejar bajar la línea y cuándo recoger.

El buceo es otra forma importante de trabajo. Ahí el cuerpo entra completo en la pesca. Se bucea para sacar locos y otros mariscos, ya sea a pulmón o con máquina. En el buceo no solo importa bajar, sino saber mirar. El fondo se observa con calma, buscando señales. En el caso del loco, por ejemplo, hay que fijarse en cómo se mueve y hacia dónde apuntan sus cachos, porque eso indica dónde está el resto. El buceo requiere coordinación: mientras uno trabaja abajo, arriba hay otros atentos, cuidando el aire, los tiempos y el movimiento del mar. Así aprendemos a comprender mejor el fondo y a saber dónde conviene pescar.

Todas estas artes y formas de pesca se combinan. No hay una sola manera de trabajar. Un mismo día puede haber pineles, redes y buceo, dependiendo de lo que esté permitido y de lo que convenga. Además, todo está marcado por las vedas, las Áreas de Manejo y el Refugio Marino. Hay lugares donde no se puede tocar nada, y eso también forma parte de la técnica actual. Lo que más sacamos hoy es congrio, merluza y, a veces, peces de roca como vieja y cabrilla.

Pero cuando el mar no abre sus puertas, como ocurre muchas veces en invierno, no queda otra que esperar. El invierno es especialmente duro.

Los temporales, las lluvias y el mal tiempo muchas veces no dejan salir. En esos meses, con suerte se puede trabajar quince o veinte días al mes. El resto del tiempo toca arreglar cosas, buscar otras pegas o simplemente aguantar. No es una decisión: el tiempo y el mar mandan.

Hoy también sentimos que la pesca se ha vuelto más difícil. Los peces son más escasos y la suerte pesa más que antes. Hay días buenos, pero muchos otros en los que volvemos con poco. Ese cambio no se siente solo en el bolsillo, sino también en la forma en que empezamos a mirar el mar. A eso se suma la convivencia con otros animales marinos. Muchas veces los lobos se comen o se llevan lo que dejamos durante la noche, y al volver al día siguiente no encontramos nada, o muy poco, de lo que esperábamos. Son animales inteligentes y capaces, y aprender a convivir con ellos se ha vuelto parte de nuestro trabajo.

Pero también hay otros peligros para la pesca. Hoy el riesgo no viene solo de la naturaleza, sino también del daño que provocan quienes no respetan nada: el buzo pirata, o quienes trabajan por la orilla sin cuidar cuotas ni vedas. En esos casos, muchas veces tenemos que organizarnos o avisar a las autoridades para intentar disuadir estas prácticas, aunque no siempre es posible. A partir de todo esto, hemos ido reconociendo la importancia que tenemos dentro de este ciclo. Poco a poco, hemos cambiado nuestra forma de ver y de trabajar en el mar. Si bien sabemos que hay cosas que no dependen de nosotros y que no van a cambiar de un día para otro, creemos que una mejor organización y un mayor cuidado pueden ayudarnos a hacer un cambio.

Aprender a mirar el mar con otros ojos

Con el tiempo fuimos testigos de cómo todo empezó a cambiar. Cuando más personas comenzaron a descubrir lo que el mar podía dar y llegaron tecnologías que permitían sacar más rápido y en mayor cantidad, el oficio se transformó. Aparecieron barcos con más buzos, faenas enormes y volúmenes de extracción que antes parecían imposibles. Al principio parecía algo bueno: más trabajo, más venta, más plata. Pero con los años entendimos que esa abundancia también dejaba una marca profunda en el mar.

Hoy, mirando hacia atrás, sabemos que gran parte de esa pérdida tuvo que ver con la forma en que se estaba pescando, pero también con la manera de pensar. Hubo ignorancia y ambición. Había quienes decían que “no había que dejar ni una cuestión, para que se terminara todo”, y así se trabajó por mucho tiempo. Se sacaba todo lo que se podía, sin pensar en el mañana. Así fue como, por ejemplo, el loco empezó a desaparecer muy rápidamente.

Hubo un tiempo en que sacábamos sacos completos de machas, hasta quince mil por semana. Los locos eran tantos que los regalábamos a los vecinos para que también pudieran vender. Así ocurrió con una vecina cuyo marido salía a pescar y no ganaba nada. Ella pidió unos pocos locos para poder venderlos y ganar algo. No le pasamos unos pocos: le entregamos dos canas-

tos llenos, diciéndole que los pagara después. Ella los vendió todos. Desde entonces la seguimos apoyando para que pudiera sostener a su familia. Esa también es una forma de vivir el mar: compartiendo cuando se puede y confiando en el otro. Creímos que no había límite. Pero sí lo había. Cada vez se pescaba menos, hasta llegar a sacar apenas dos mil machas. Ahí entendimos algo que nunca debimos olvidar: el mar tiene sus tiempos y no los podemos ignorar.

Frente a esa crisis estuvimos hartos tiempo parados, complicados, pero poco a poco empezamos a cambiar nuestra forma de mirar el mar y a promover que otras personas también lo vieran de otra manera. Empezamos a modificar la forma de trabajar y también la forma de organizarnos. El Refugio Marino apareció en ese proceso, junto con nuevas exigencias que no fueron fáciles de asumir. No fue simple. Implicó aprender, adaptarse y aceptar que la caleta también tenía que transformarse. De a poco fuimos entendiendo que, aunque estuviéramos sacando menos, ese esfuerzo era una inversión para nuestro futuro y para el de quienes viven en Zapallar.

Al principio no fue fácil aceptar que ya no se pudiera entrar libremente a ciertos espacios: lugares donde antes tirábamos trampas, donde buceábamos, donde aprendimos el oficio. Hoy no se puede bucear cuando uno quiere. Hay Áreas de Manejo y tiempos cerrados que hay que respetar. Eso se siente como una pérdida, porque esos lugares son parte de nuestra historia y de nuestro trabajo diario. Pero también entendimos que esas restricciones no eran solo trabas: eran parte de un intento por cuidar lo que quedaba y proyectar el trabajo hacia adelante. Con el tiempo, las miradas fueron cambiando. El

***No se trata de dejar la mar,
sino de aprender a vivir de
otra forma junto a ella, sin
destruirla.***

Refugio se transformó en una fuente de motivación. Una vez que se aceptó, se generó un ánimo distinto en la caleta, y hoy podemos decir que existe un acuerdo general en torno a su existencia. Lo que más convence son los resultados. El rincón protegido se ha vuelto un lugar excelente para peces y mariscos. Las escuelas de buceo realizan recorridos por el Refugio de forma protegida y segura, y los pescadores más jóvenes han grabado videos donde se ve claramente cómo los peces han vuelto y cómo los locos crecen tranquilos en esa zona. Esas imágenes circulan entre nosotros y nos hacen sentir que el esfuerzo ha valido la pena.

Hoy sabemos que ya no es posible vivir sólo de la pesca como antes. El Refugio Marino abrió otras posibilidades: conservación, educación ambien-

tal, turismo y capacitación. A eso se suman aprendizajes nuevos, como la vigilancia, una mayor formación en buceo y la posibilidad de usar nuestro conocimiento del mar y de su historia para darle sentido a este trabajo. También hemos conocido otras caletas y experiencias de Refugios Marinos, y nos hemos dado cuenta que no somos los únicos en la región que estamos trabajando en esta línea. No se trata de dejar la mar, sino de aprender a vivir de otra forma junto a ella, sin destruirla.

Hemos vivido hitos que muestran este cambio. En inauguraciones y aniversarios del Refugio hemos compartido nuestro conocimiento con niñas, niños, vecinas y vecinos, hablando del mar, del fondo y de la importancia de cuidarlo. Y en la última fiesta de San Pedro se renovó el contrato del Refugio Marino por los próximos diez años, hasta 2035. Ese momento nos recordó que el Refugio ya no es solo nuestro: es parte del futuro de toda la comunidad.



Este libro es mucho más que un registro histórico. A través de un ejercicio de co-creación entre los pescadores del Sindicato de Zapallar y Fundación Capital Azul, estas páginas rescatan una trama de vida donde la identidad, la familia y el oficio se entrelazan indisolublemente con el mar.

Acompañando el trabajo del Refugio Marino, esta obra reconstruye una historia colectiva que retrocede en el tiempo, sumergiéndose en la cotidianidad de quienes aprendieron a interpretar las mareas antes que a leer libros. Aquí, la memoria visual de fotografías familiares complementa un retrato oral que nos habla de aprendizajes, sacrificios y el profundo deseo de una comunidad por resguardar su herencia.

Esta publicación es un intento por comprender el pasado como la base central para construir un futuro de conservación marina con raigambre comunitaria y colectiva. Una aproximación acerca de cómo la caleta de Zapallar ha aprendido a vivir con el mar, transitando hacia la protección y el cuidado de su riqueza para que esta historia continúe como un legado para el mañana.

Como una invitación a mirar la conservación de la biodiversidad como un acto profundamente humano, este libro es una huella viva para que las nuevas generaciones y quienes visitan Zapallar reconozcan que la verdadera riqueza del océano reside también en la historia de su gente.

